

EL PAISAJE Y NUESTRA PREHISTORIA

Hoy, más que nunca, el paisaje es algo sumamente cambiante. En él se cumple aquella célebre frase de Heráclito «*Todo corre, todo fluye*». Basta en ocasiones dejar transcurrir tan sólo unos días para encontrarse con un paisaje nuevo, distinto del que aún conservábamos en la retina. Con frecuencia, un delicioso lugar, un espeso bosque, una plácida arboleda, quedan convertidos en algo muy diferente. Con el «progreso» va la mecanización, y las potentes excavadoras no suelen contar con la belleza. La máquina se limita a obedecer al hombre y éste, unas veces por imperativos de los tiempos, otras movido por el mero lucro, acomete colosales obras de utilidad inmediata, pero que van haciendo desaparecer muchos y variados paisajes que, por su belleza, deberían ser respetados. Es cierto que a la naturaleza, en su conjunto, no la puede aniquilar el hecho de que se cambie un determinado paisaje. Por muchas innovaciones que introduzca el hombre en su entorno natural, siempre quedará la huella del Creador que permanecerá inmutable. Con todo, el paisaje es algo vivo, que está en continua evolución y expuesto a innumerables mutaciones, máxime en nuestro tiempo.

Que el paisaje ha estado sujeto a cambios desde los albores de la humanidad —recordemos las teorías del alemán Wegener, quien, tras numerosos estudios, llegó a la conclusión de que los continentes habían formado una unidad en la era primaria y poco a poco se habían ido separando—, es algo patente; ahora bien, durante las primeras etapas de la vida del hombre, el deterioro del paisaje natural fue, como puede suponerse, mucho más lento que en la actualidad. Si realizamos un rápido recorrido por los tiempos prehistóricos, podemos comprobar fácilmente hasta qué punto actuó el hombre primitivo sobre el paisaje que le rodeaba. Por otro lado, hay que recordar que la Prehistoria es una larga etapa de la humanidad en la que la tierra experimenta acusados y notabilísimos cambios, debidos a las glaciaciones que la afectaron. Las tres primeras, conocidas también con el nombre de «gunziense», «mindeliense» y «rissiense», en recuerdo de quienes las estudiaron —Gunz, Mindel y Riss—, tuvieron lugar durante el Paleolítico inferior, mientras que la cuarta, estudiada por Würm, y por ello llamada período «würmiense», se desarrolló en el paleolítico medio o musteriense. Así, pues, si a lo largo de la era Cuaternaria, las tierras y con ellas el paisaje no experimentaron trastornos comparables a los de las eras

Primaria y Terciaria —recordemos que el Secundario es más bien un período de reposo—, la extensión y regresión sucesivas de los glaciares paralelamente a los cambios de clima determinaron, en el hemisferio norte, variaciones en el ámbito paisajístico, modificando evidentemente la forma de vivir, tanto para el hombre como para la fauna y la vegetación.

Así, en el Paleolítico, a consecuencia de la mayor extensión de los glaciares, Europa y Asia son muy diferentes de las de hoy: los glaciares árticos cubren Irlanda y demás islas británicas, la península escandinava, la zona bañada por el Báltico, toda la gran llanura europea del norte —Países Bajos, Alemania, Polonia, parte de Rusia septentrional— y determinan una inmensa zona de desiertos, de los que forma parte la mayoría de la taiga siberiana.

A todo ello hay que añadir que los glaciares de las montañas descienden considerablemente hacia las llanuras, volviendo impracticables espacios muy vastos en torno a los macizos altos. Entonces desciende el nivel de los océanos. Es como los oceanógrafos han podido determinar yacimientos paleolíticos submarinos en Clacton on Sea (Inglaterra) y en Grimaldi, cerca de Menton. Y como algunos actuales estrechos son, entonces, pasos de un continente a otro, por ejemplo el actual de Bering, que unía Siberia con la península de Alaska y otros.

Paulatinamente, el clima se suaviza, hasta estabilizarse y parecerse al actual. Los grandes glaciares desaparecen de Europa, quedando sus territorios convertidos en espesos bosques o lugares propicios para ser habitados por el hombre. De aquí que Hernández Pacheco haya definido el paisaje como «la manifestación sintética de las condiciones y circunstancias geológicas y fisiológicas que concurren en un país». O sea, el resultado del ambiente geográfico y del medio geológico. De lo dicho se desprende que el paisaje es la resultante de varios factores, primordialmente dos: las mutaciones naturales acaecidas en la corteza terrestre por agentes físicos —erosión eólica, cambios de temperatura, acción de las aguas y los hielos y movimientos tectónicos— y la acción del hombre. Pero, hasta llegar a la llamada «revolución neolítica», el hombre no puede ser considerado como factor importante —aunque sí digno de ser tenido en cuenta— en la modificación del paisaje. El pintor prehistórico, especialmente el de la zona levantina de nuestra península —desde los Pirineos al cabo de Gata, pasando por Valencia—, aunque en general se puede aplicar al de cualquier

sector, no se siente atraído por los temas paisajísticos a la hora de plasmar su arte sobre las paredes de las cuevas en que habita. Hombres y animales son sus temas predilectos y sólo en muy contadas ocasiones aparecen representadas las plantas o árboles, como ha hecho notar el prehistoriador valenciano José Aparicio. Es más, aunque en este período de la historia del Arte no podemos aún hablar de perspectiva —habrá que esperar para ello la llegada del primer Renacimiento, con Paolo Uccello y Piero della Francesca, sobre todo—, el hombre prehistórico ya siente cierta preocupación por esta técnica a la hora de representar a la figura humana, lo que no se advierte en cambio en las pocas manifestaciones paisajísticas que nos ha legado.

Al llegar al Neolítico, el hombre siente la imperiosa necesidad de cambiar, de transformar, de hacer más grato y confortable el lugar en que vive. Las grandes innovaciones neolíticas —invención de la cerámica y de ciertas formas arquitectónicas, domesticación de los animales, descubrimiento de la agricultura y, como consecuencia de esta última, el hacerse sedentario— traerán consigo grandes modificaciones, afectando extraordinariamente al *habitat* donde hasta entonces había vivido. Es ahora, durante el período Neolítico, cuando el hombre pasa a ser de mero espectador del paisaje a autor o coautor del mismo y, a medida que los tiempos transcurren, lo será con mayor eficiencia e ímpetu.

El hombre neolítico, al observar el ciclo de la vida vegetal, aprende a sembrar y cultivar los campos. Y, también, que le es útil domesticar aquellos animales susceptibles de ello y que pueden ayudarle en los trabajos agrícolas. Si para obtener una buena cosecha, se ve en la necesidad de talar o quemar parte de un bosque, aunque ello conlleve una degradación paisajística, el hombre lo lleva a cabo.

Durante el Eneolítico o período final del Neolítico —momento interesante para nuestra Península

por desarrollarse en él la cultura de la cerámica del «Vaso Campaniforme» que, desde nuestro país, parece se difundirá por muchos puntos de Europa— comienza a desarrollarse la vida urbana, estableciéndose ya pequeñas aldeas en lo alto de los cerros o bien junto a los ríos, pues no hay que olvidar que las grandes ciudades actuales suelen estar asentadas junto a un curso de agua.

Todo ello supone, quizás, un valioso aparato defensivo, y el hecho de que la agricultura se convierta en extensiva, da lugar a una nueva fisonomía del paisaje. Por otra parte, la aparición y el uso de los metales favorece la deforestación. Se inicia un cambio en el proceso evolutivo del paisaje. Los cultivos, cada vez más numerosos y extensos, van absorbiendo zonas antes ocupadas por paisajes naturales, «puros», en especial, y como es lógico, en las zonas llanas, más aptas para la agricultura.

Al llegar la Edad del Bronce, existe ya una parcelación del territorio que contribuirá a transformar el paisaje sensiblemente. Y con la plena Edad del Hierro, éste debió ofrecer un aspecto bastante similar, en general, al que hoy encontramos, al menos en lo que se refiere a los elementos básicos que lo constituyen.

Así, pues, el hombre desde su aparición sobre la faz de la tierra ha ido, poco a poco, actuando y transformando el «país». Y si bien es cierto que, como acabamos de ver, en la Prehistoria su influencia sobre el entorno que le rodea es escasa, casi imperceptible a veces, hoy, por el contrario, ha llegado a dominarlo, cambiándolo y adecuándolo, quizás excesivamente, a sus necesidades del momento, sin que en ningún caso quede imperceptible la suprema factura original del Creador.

MARIA JULIA VALERO